

violencia y convicciones religiosas

• RAFAEL LOPEZ JORDAN S. J. (*)

ES común oír frases condenando la violencia, la coacción, la presión y para confirmar el repudio cae una catarata de citas de todos los tiempos que se aplican confusamente a dos casos: la profesión privada de una fe y, lo que es muy diferente, la expresión pública de esa fe, mediante el culto y la propaganda.

"Quien distingue no confunde", gritó alguien en el parlamento francés. De acuerdo con esa observación, separaremos los planteos. En estas páginas abordaremos solamente el caso de la violencia encaminada a crear o destruir convicciones. Reducimos el perímetro al aspecto privado del hombre.

De la limitación, justa o injusta, del culto y propaganda públicos hablaremos después, al efectuar su enfoque total, salvo cierto aspecto histórico de las persecuciones católicas y protestantes. Lo incluimos aquí por la inevitable derivación intimidatoria que tuvieron sobre las decisiones íntimas de las conciencias. Porque difícilmente podría alguien pretender una actitud serena de espíritu para buscar la verdad, si una vez hallada y públicamente proclamada se arriesgaba a ser "pasaportado" al otro mundo.

Gregorio de Niza expresa: "Usar de violencia para forzar al hombre la aceptación del Evangelio sería contrario a la dignidad humana. Pues es la libertad del

hombre lo que constituye su semejanza con Dios". (1) Pero no se trata de poner el problema solamente del lado del hombre pues quien respeta la libertad se pone en la línea de la conducta del mismo Dios, que no acepta homenajes forzados, ficticios, que no responden al verdadero sentir del corazón. De ahí la necesidad de evitar cualquier tipo de violencia aunque sea enmascarada. El resultado suele ser la hipocresía. No duda Nicolás Monzel en afirmar que "quien usa de violencia cuando se encuentra frente a aquellos que denomina herejes, *él mismo es un verdadero hereje*, porque desconoce el dogma cristiano según el cual la fe no puede ser sino el fruto de la voluntad libre". (2)

La predicación del Evangelio que los cristianos tenemos la estricta obligación de desarrollar, nos exige conformarnos al sistema usado por el Salvador, basado en el más desbordante amor al prójimo, y no realizar tentativas de imponer su mensaje en alianza con espadas. En el orden externo se podrán conseguir los más vistosos y aparentes resultados; pero las almas no habrán encontrado la intimidad con Dios, quien exige, en expresión

(*) Del libro "Libertad de culto" de próxima aparición. - d. Studium.

(1) Migne. P. G. 46, 524.

(2) Solidarität und Selbstverantwortung. Edic. Karl Zinck. Munich. 1959. Pág. 231.

de Tertuliano, "el homenaje de un corazón libre".

¿Cómo se explica entonces aquella deplorable ofuscación que condujo en Occidente a la persecución en pasados siglos? Exilio, prisiones, decapitaciones, hogueras, símbolos de una inmensa pesadilla histórica, fueron generalmente la sanción contra el error religioso o considerado como tal público y pertinaz.

Católicos y protestantes persiguieron. Ambos partieron de los mismos puntos y corrieron por las mismas pistas. Las diferencias fueron de velocidad, de metros superados y número de enemigos vencidos...

Unos y otros pensaban que actuaban correctamente, que los puntos en cuestión eran gravísimos y que la violencia sería eficaz. Tres coincidencias. "Ni los católicos ni los protestantes persiguieron jamás al simple error, sino el error obstinado. Entre ambos persiguieron la herejía en cuanto herejía; pensando que ésta, en caso de ser incontrolada, hubiera disgregado la sociedad. Unos y otros fueron conducidos a suprimir el cisma por las exigencias de las situaciones.

"Existen en efecto algunas diferencias entre la teoría católica y la protestante, pero no son importantes. Lutero buscó limitar las persecuciones restringiendo el campo a la blasfemia, más bien que a la herejía, pero la ventaja fue mínima; porque él casi indentificaba la herejía a la blasfemia. Calvino rehusó valerse de tal expediente y sin más quemó a Servet como hereje. Acerca de algunos puntos Calvino intensificó la teoría católica de la persecución". Estos juicios pertenecen a Roland Baiton (3), Ministro de la Iglesia Congregacionista americana y especialista de la Reforma.

La similitud de presupuestos de los perseguidores no significa una total identidad de objetivos. El católico perseguía para evitar que el error perjudicara a las almas y comprometiera su salvación. Un protestante nunca hubiera perseguido por esta razón, dado que para un discípulo de Lutero y, más aún, si lo era de Calvino, Dios ha predestinado a quienes se han de salvar, por lo cual ningún error puede alterar ese plan inmóvil y pre-fijado.

Cuando estos tomaban el papel de inquisidores era con el solo objeto de vengar el honor de Dios ofendido.

Entre los perseguidores católicos de la época el nombre de Torquemada ha pasado a ser clásico. Piloto de la Inquisición y de la expulsión de los hebreos; actitud esta última curiosa si resulta exacta la versión, aún no convalidada, de que el fraile era nieto de una hebrea. Norte de su vida fueron la ortodoxia católica y la unidad española. Las maquinarias teológicas de la Inquisición rechinaban sus dientes ante la sospecha de heterodoxia. Se abogaba por los derechos de la "verdad", conocida "copla" que los hombres de la Reforma recitaban en otros barrios de Europa, pero no se hablaba de los derechos de la persona, aún poco desarrollados en los conceptos de aquellas sociedades.

Horroriza el recuerdo de las víctimas y poca satisfacción aportan nuevos y reiterados estudios encaminados a demostrar que el sectarismo ha exagerado las cifras. Lo que importa es el principio conductor,

(3) *The travail of Religious Liberty*. Westminster Press, Filadelfia, 1951. (Tomamos la cita de la traducción al italiano realizada por Franca Mediolì Cavaia: *La lotta per la libertà religiosa*. Il Mulino, 1963. Pág. 9).

aunque la víctima haya sido una sola. Se formulan reservas benévolas a favor de la buena fe de los "inquisidores" de varios núcleos cristianos. No entramos en aspectos subjetivos que sólo Dios atisba, como tampoco llevamos nuestra insolencia al punto de juzgar acerca de la sinceridad de los que hoy externamente yerran en materia religiosa. Nos colocamos en el terreno objetivo.

A los perseguidores católicos y protestantes se los continuará amparando bajo mil razones derivadas de las concepciones propias de la época, del concepto de herejía y error, de "razones de Estado" y de unidad nacional. Todo eso permite un mejor estudio del panorama que desbarata los juicios simplistas.

Cuando condenamos todas aquellas brutalidades se nos asalta con el reproche de que los criterios del siglo XX no han de servir para juzgar los hechos represivos del siglo XVI, realizados bajo la égida de otras ideas. Pero ¿es que el criterio de juicio ha de extraerse del siglo XX o más bien del siglo I, a la luz del mensaje de Cristo, quien enseñó el amor al hombre a la par que el amor a la verdad?

Por olvidar la obligación de estos dos amores han provenido las persecuciones recíprocas. Si los análisis partieran de este punto perderíamos menos tiempo en enrostrarnos mutuamente mil detalles que traen de rechazo otras mil respuestas. En estos asuntos caben las eternas discusiones. ¿No siguen discutiéndose todavía las fuentes del Amazonas!

La meditación honda de estas realidades nos sumerge de lleno en un hondísimo problema. ¿Es justo, entonces, suplir la enseñanza, la iluminación, con la violencia vejatoria contra una per-

sona que no ha abrazado ni quiere abrazar un credo? ¿Corresponde a un particular o a una autoridad forzar los tiempos y momentos de Dios y juzgar de la culpabilidad interior de quien demora o se opone definitivamente al acto de fe?

Un cristiano sabe que no le es lícito cruzarse de brazos frente a la ignorancia religiosa de sus semejantes y que el "Id y predicad el Evangelio a todas las gentes" no es un mandato dirigido sólo a Obispos y sacerdotes. Su conciencia le exige un apostolado, su bautismo lo empuja a una misión.

Misión, sí, pero de convencimiento y de testimonio, no de imposición ni de fuerza. Un discípulo de Cristo no puede ofrendar a Dios otra sangre que la suya, a ejemplo del Maestro. Y su tarea evangelizadora debe ir revestida del más profundo respeto hacia todos.

Si una autoridad humana, del Estado o de la Iglesia, quiere forzar a que alguien abraza la fe, se está constituyendo en suplente abusivo de la iniciativa que Dios aún no toma.

La fe es una elección, una preferencia del hombre. Por eso es agradable a Dios, quien no gusta del obsequio forzado del esclavo.

Los Obispos de Tanganika descienden a una aplicación concreta.

"Se hace así evidente cuál deba ser nuestra actitud hacia quienes no participan de nuestra fe. Debemos mirar a nuestros hermanos no católicos con amor y comprensión. Debemos ser comprensivos con quienes, en su sincera libertad, no han hecho el acto completo de fe; debemos manifestar nuestra simpatía hacia quienes sin culpa no han recibido el don de la fe católica.

Dios, en su sabiduría y bondad, nos ha revelado su designio para la salvación de todos los hombres; ha enviado a su Hijo unigénito a fundar la Iglesia y a darnos los medios de salvación. Es en esta Iglesia, es verdad, que se cumplirá el destino sobrenatural del hombre, pero no debemos nunca perder de vista el hecho de que nuestros hermanos no católicos pueden ser salvados a causa de su sinceridad. Para ellos la gracia puede actuar también fuera de las estructuras visibles de la Iglesia, aun mediante la verdad objetiva que, en un cierto grado, está presente en sus religiones. Sus conciencias individuales que, con la luz que poseen, se esfuerzan en interpretar la voluntad de Dios con respecto a ellos, pueden hacer posible su salvación". (4)

"Cada vez que en la historia de la Iglesia, se ha querido llegar (a que alguien abrace la verdad de la fe) por conversiones forzadas, trátase del bautismo de los sajones bajo Carlomagno o de las "dragonnades" de Luis XIV frente a los hugonotes, se ha cesado de respetar la frontera inviolable que todo combate por la verdad debe prohibirse franquear (y la frontera moral inviolable que toda política debe prohibirse violar), y se ha hecho obra de intolerancia en el peor sentido de la palabra. Tal presión es incompatible con la dignidad de la persona de los demás y, por consiguiente, se opone directamente al amor y va también contra la verdad. Aquel que se encuentra tratado de esta manera en nombre de una fe que le es extraña, ya no queda en estado de percibir la verdad contenida en esta fe; y aquel que pretende propagar la

verdad usando de tales métodos le aporta de hecho un juicio incalculable. Un reciente estudio sobre la revocación del Edicto de Nantes permite darse cuenta de las consecuencias nefastas de la intolerancia violenta de Luis XIV, por el hecho de los sufrimientos que han padecido las víctimas y de la hipocresía que ha provocado: Las Iglesias separadas se aislaron definitivamente y muchos de los católicos han caído en una total indiferencia religiosa: "el mapa religioso de la Francia contemporánea bastaría para demostrar la importancia de la Revocación". (5)

La verdad de la fe tiene su manera enteramente propia de dejarse asimilar: es en toda libertad que el hombre debe abrirse a ella, y es por un camino misteriosamente trazado en el fondo de su intimidad personal que llega al conocimiento del hecho de la revelación y a la libre adhesión de la fe. Todo lo que contribuye a hacer este proceso de asimilación más difícil hasta imposible, se vuelve al fin de cuentas contra la verdad misma" (6).

Y, en tren de citas, recordemos el pensamiento de aquel gran orador de Notre-Dame, pronunciado en el ocaso de una vida totalmente consagrada a la siembra evangélica: "Es menester que uno no pueda recordar que en la vida una sola vez ha cumplido sus deberes religiosos bajo el imperio de la violencia o para obedecer a simples conveniencias" (Lacordaire). ♦

(5) JEAN ORCIBAL. "Louis XIV et les Protestants" París, 1951, 167.

(6) A. HARTMANN, S. J. "Toleranz und Christlicher Glaube. Verlag Joseph Knecht Carolusdruckerei, Frankfurt am Main (tomado de la versión francesa hecha por A. BERNARD: "Vraie et fausse tolérance". Les Editions du Cerf, 1958, págs. 144 y 145).

(4) Aggiornamenti Sociali, Abril 1962, p. 278, 279.